

La familia Túpac Amaru, nuestra disputa permanente.

*"El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora;
sus alas recuperaron su color negro, su gran fuerza.*

Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera".

José María Arguedas, El Sueño del Pongo.

Al evocar la figura de Túpac Amaru II, quisiera imaginarlo el día donde luego de apresar al vil corregidor Antonio Arriaga, José Gabriel Condorcanqui, junto a su familia, se erigió como Túpac Amaru II, proclamando con un singular decreto su coronación como Inca del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y el continente del sur. Era la primera vez que una autoridad no española, emitía un decreto. Su contenido señalaba que en nombre de Dios ya no se obedecería más a ningún ministro europeo (registrado por Hall, 1800). También mandó pintar un lienzo donde José Gabriel apareció ataviado con símbolos de la realeza incaica. Sus cinco pies y ocho pulgadas de altura, su cuerpo bien proporcionado y firme, fue arropado con un hermoso Uncu o túnica ceremonial y una mascapaycha brillante coronó su rostro indio de nariz aguileña, fuertes ojos negros y larga cabellera que se extendía hasta su cintura (descripción publicada por Markhan, recogido por Pablo Astete, 1862).

A su lado debió estar Micaela, la mujer con la que se desposó a los veintidós años y que por décadas había trabajado a la par con él, planeando los largos viajes por la ruta comercial de Cuzco hasta Jujuy (actual Argentina) que les sirvieron a ambos para ver la realidad de su pueblo y hacer una red de contactos que jamás fueron traicionados con la delación a pesar del posterior y sin par tormento. Si Micaela no estuvo presente en dicha coronación, de seguro estaba planificando la logística de la campaña rebelde, coordinando las

estrategias o supervisando las operaciones militares, cargos en los que se manejaría con vehemencia en los subsiguientes meses como socia vital de la rebelión (Guardia, 2015).

No cabe duda que para la familia Túpac Amaru, el día de la coronación fue importante por su simbolismo inherente. Años antes, en abril de 1777, José Gabriel viajó infructuosamente a la capital para realizar gestiones ante la audiencia de Lima con el fin de ser declarado descendiente de Túpac Amaru I, el último inca de la resistencia en Vilcabamba, quien también había sido cruelmente descuartizado por manos españolas. Tal afrenta generó el mito del Inkarrí. El historiador Franklin Pease lo recoge y transcribe señalando que el Inka de los españoles apresó a Inkarrí, su igual. Solo la cabeza del Inkarrí existe, está creciendo hacia adentro, entonces volverá cuando esté completo. Ha de volver a nosotros si Dios da su asentimiento (Pease, 1985). El Inkarrí se convirtió en un mito mesiánico por el cual los creyentes sobrellevan el sufrimiento del presente con la esperanza de una acción externa salvadora (Degregori, 2013). Túpac Amaru II representó la encarnación del mito y avivó las llamas de la insurrección. Se pensó que Túpac Amaru desencadenaría un cambio radical en el mundo andino, poniendo las cosas al revés e invirtiendo las relaciones de poder (Walker, 2015).

Con la coronación de José Gabriel como nuevo inca, sus hijos Hipólito (nacido en 1761), Mariano (nacido en 1762) y Fernando (nacido en 1768), se vuelven parte de una especie de nuevo linaje. Su padre les debió haber informado lo que significaba apresar y posteriormente matar a un corregidor. A pesar de que el menor, Fernando, solo haya tenido doce años, la participación posterior activa de toda la familia, señala que encabezar la rebelión, fue una decisión concertada y de profunda convicción. Es imaginable la tensión familiar que producía la potencial represión española si se perdía la guerra. La suerte de la propia familia Túpac Amaru estuvo estrechamente ligada a la suerte de la rebelión. Ese amor, temor y convicción son observadas en las cartas que Micaela enviaba a José

Gabriel, su "chepe", preocupada del futuro de sus hijos, reclamando por su ausencia e instándole a tomar el Cuzco sin dilaciones porque la vida de sus hijos y la rebelión corrían peligro (Walker, 2024).

Tomar la decisión de levantarse en armas aun sabiendo el inmenso riesgo, no puede ser vista como un interés aislado de un cacique porque las reformas borbónicas interferían en su economía pues llevaron su decisión hasta la última consecuencia y perdieron muchísimo más que solo su patrimonio. Durante el martirio jamás traicionan a ningún colaborador para aminorar su tormento y el hijo mayor Hipólito, en el proceso seguido contra los rebeldes, admitió que deseó y buscó la rebelión (Walker, 2015). La decisión familiar de rebelarse fue un camino que la familia Túpac Amaru aceptó a sabiendas de lo que podría pasar si se perdía.

Muchos runas los siguieron con entusiasmo ya que su sangre provenía del linaje noble de un pasado añorado, pero sobre todo porque se identificaron con la gesta emprendida. Familiares y allegados como Diego Cristóbal, Andrés Mendiguri, Juan Bautista, Tomasa Tito Condemayta, Antonio Bastidas, Miguel Montiel y muchos otros, se sumaron a los Túpac Amaru y a su sedición por considerarla justa y porque era una promesa de un profundo cambio social. Esta promesa no solo se quedó en el terreno especulativo. Con los Túpac Amaru, se suprimió los corregimientos y los repartos, se abolió la audiencia, se suprimió la mita, se quemaron los odiosos obrajes y se propugnó la libertad de comercio. Había llegado el momento de la reivindicación social donde encabezados por los Túpac Amaru, el pueblo volvería a tener su primavera andina.

A esta esperanza colectiva de subvertir el orden establecido por la añoranza de un pasado glorioso, el bien recordado historiador Alberto Flores Galindo, lo definió como la utopía andina. El pasado incaico, a pesar de sus desigualdades e imposiciones, fue vista como una sociedad homogénea y justa a la cual se debía volver para recuperar el esplendor del pasado. Este milenarismo o mesianismo andino ha sido

capaz de convocar pasiones que han arrastrado a multitudes hasta límites de fanatismo y violencia (Flores, 1986).

Recordemos que la rebelión de la familia Túpac Amaru empezó con respeto a las autoridades eclesiásticas, intentando ser multclasista y multirracial, plural en el sentido amplio de la palabra, aún sin romper el lazo con el rey de España, solo con sus representantes en América quienes gobernaban con crueldad. Ya en la segunda etapa de la rebelión, se convirtió en una oleada de sangre que los Túpac Amaru no pudieron contener. Ambos bandos comenzaron a masacrarse y la neutralidad se volvió imposible. Fue por un lado la colera contenida por siglos y por el otro, el racismo que fundamentaba la dominación social. Ambas posturas justificaron una terrible violencia que dejó más de cien mil muertos (el virreinato del Perú tenía en ese entonces alrededor de 1,8 millones de habitantes) (Walker, 2015).

Debemos recordar que la gran rebelión de los Túpac Amaru, no acabó con el martirio y ejecución en la plaza mayor del Cusco en 1781 donde una multitud pudo escuchar el grito del niño Fernando, viendo como apaleaban a su madre e intentaban desmembrar a su papá. En Puno continúa con Diego Cristóbal Túpac Amaru y en Bolivia la encabeza sangrientamente Túpac Katari, ambos apresados y asesinados. Diego Cristóbal, obligado a ver morir a su madre, antes de que desgarraran su pecho con tenazas calientes y Túpac Katari, desmembrado como José Gabriel, siendo exhibida su cabeza y sus miembros alrededor de las áreas del lago Titicaca, prosiguiendo en la búsqueda y la ejecución de su esposa, Bartolina Sisa y de su hermana, Gregoria Apaza (Walker, 2015). No hubo miembro de la familia Túpac Amaru, que no haya sufrido las crueles consecuencias de la insurrección. Hipólito, el mayor, fue condenado a la horca y le cortaron la lengua. Mariano, Fernando y Juan Bautista Túpac Amaru, tío de ellos, junto a un grupo de rebeldes capturados caminaron por sesenta días y sesenta noches, descalzos desde Cuzco hasta Lima, con niños, mujeres y ancianos, como el tío abuelo Bartolomé Túpac Amaru, en una caravana fantasmal donde la mayoría murió de hambre o cansancio. Los pocos sobrevivientes fueron

tirados a una celda del castillo Real Felipe y posteriormente embarcados a una cárcel de España. En el camino fallecería Mariano y su cuerpo sería lanzado al mar. El pequeño Fernando culmina el viaje y es encerrado al igual que Juan Bautista, ambos, al igual que todo Túpac Amaru, fueron castrados para que no quede huella de esa sangre rebelde. Fernando fallecería en la miseria a los treinta y un años y Juan Bautista sobreviviría tercamente hasta llegar a ser liberado para enrumbarse a Buenos Aires y ser partícipe de las guerras de independencia hispanoamericana. A pesar de todo en Huarochirí, Arequipa, Jujuy y otras localidades, posteriormente a la ejecución de Túpac Amaru II, se continuó con los alzamientos cruelmente reprimidos. La figura de Túpac Amaru, en su tiempo, trascendió fronteras y su nombre inspiró en distintos lugares como Haití o el norte de Buenos Aires.

Cuarenta años después del inicio del martirio de la familia Túpac Amaru, llega la proclamación de independencia de América que no los reconoce como sus próceres. Luego de un periodo de silencio, la imagen de Túpac Amaru es rescatada por el gobierno de Juan Velasco Alvarado y por un grupo de artistas indigenistas que lo elevan a la figura casi mítica que ahora conocemos (Walker, 2015).

Túpac Amaru, a pesar de que un grupo subversivo peruano tomó su nombre en los años ochenta, aún sigue presente suscitando admiración y respeto. La figura de Micaela, poco a poco, está tomando realce como lo que siempre fue, socia y colaboradora vital de la rebelión y no un acompañante menor de la misma. Además, los restos simbólicos de Fernando Túpac Amaru volverán este año, 2025, a su natal Cusco. Lo cierto es que no hay registro, en los anales de la historia universal, de una familia entera masacrada y perseguida públicamente como escarmiento con tanta crueldad, por intentar subvertir las condiciones de vida de su comunidad.

En su momento los españoles respondieron con pólvora y muerte a esta necesidad de un pueblo de ser escuchado. En la independencia americana, esa gran oportunidad que tuvimos para construir una

nación, la cultura andina fue relegada a pesar de contar con un Guamán Poma de Ayala y con un Inca Garcilaso de la Vega quienes observaron la necesidad de mirar hacia el pueblo andino y sobre todo escuchar sus demandas.

En las últimas décadas, muchos oportunistas, mal llamados políticos, han visto esta especie de necesidad milenaria de representación y la han convertido en votos para sus campañas. Solo cabe recordar a un Alejandro Toledo vistiéndose con los ropajes incas para utilizar su color de piel cobriza como catapulta para la obtención de la presidencia y posteriormente su enriquecimiento ilícito. El nacionalismo de Ollanta que terminó traicionando su propio plan de gobierno, el etnocacerismo de Antauro y, por último, el infausto Pedro Castillo se presentaron como los defensores de los desposeídos del Perú, proclamando ser los representantes más fidedignos de una sociedad que requiere ser representada. Pareciera que la memoria colectiva aún estuviese esperando el Inkarrí, alguien que nos salve de tanto oprobio. Quizá sea nuestra incapacidad de construir un proyecto de nación que nos integre a todos, la razón por la cual añoramos que algo, o alguien, venga a salvarnos. Ya el mundo andino no desea subvertir el orden establecido sino participar activamente y de manera real en el proyecto nación, pero aún no hay quien formule un proyecto nacional, revolucionario, y lo conduzca. Esta es una responsabilidad también de todos nosotros (Degregori, 2013).

La historia nunca se vuelve a repetir como un calco fidedigno, como señaló el recordado antropólogo Carlos Iván Degregori, la historia no es un bandoneón que se comprime hasta obliterar el tiempo (Degregori, 2014), pero los errores (y horrores) del pasado nos deben hacer comprender nuestro presente y tomar mejores decisiones para moldear nuestro futuro.

La naturaleza humana, las emociones y los deseos que impulsaron a nuestros ancestros siguen guiando nuestras acciones y pueden hacer verificables las analogías históricas que identifican patrones, tendencias y elementos comunes. La traición de Ventura Landaeta y

Francisco Santa Cruz, partidarios supuestamente fieles a la causa rebelde, que en el pueblo de Langui traicionaron a Túpac Amaru, es similar a la traición que observamos de una actual mandataria que acompañó en campaña y en el primer año de gobierno al último presidente electo que tuvimos para darle la espalda en un momento oportuno desdiciéndose hasta de su promesa de salir juntos del palacio presidencial ante una posible vacancia y actualmente aferrándose al poder momentáneo. La crueldad que se tuvo con el niño Fernando Túpac Amaru, a quien se le obligó a presenciar la muerte de sus familiares y se le depositó en una mazmorra española convirtiéndolo lentamente en una sombra que duele (Ayala, 2018), tiene alguna similitud con el asesinato de menores de edad en las últimas protestas sociales en pueblos como Ayacucho, Puno y Andahuaylas, asesinados a mansalva con armamento de guerra. La respuesta de los españoles que ostentaron el poder en los tiempos de Túpac Amaru, insistiendo en propagar un discurso oficial y censurando toda expresión que intente oponerse a su verdad, respondiendo solo con represión al descontento social, es bastante similar con lo que hemos vivido en diciembre del 2022 y enero del 2023, durante las últimas protestas sociales que dejaron más de sesenta muertos a nivel nacional y muchísimos heridos que aún esperan justicia y han sido terruqueados, racializados y discriminados en su propia tierra.

La historia futura siempre está por escribirse. Como señala Flores Galindo habría que pensar en una utopía distinta donde el pasado se conjugue con el horizonte y nos permita entender nuestra historia, edificar una identidad colectiva, pero sobre todo poder cambiar esta sociedad (Flores, 1986). El legado de la familia Túpac Amaru está más presente que nunca, no solo como figuras románticas usadas en discursos retóricos, sino que su legado de identidad, amor y convicción es más necesario en momentos de polarización, indiferencia e impunidad.

Actualmente estamos frente a la manifestación de un descontento étnico territorializado muy fuertemente (Pajuelo, 2024). El estallido

social de diciembre del 2022 y primeros meses del 2023 han hecho evidente la polarización, el racismo, el centralismo, la desigualdad y la poca representación de los sectores andinos en su propio país, tan ancho y ajeno. El estallido social fue el levantamiento de una multitud que irrumpió con rabia e indignación ante el atropello de sus derechos: desconocieron sus votos, boicotearon su gobierno, encarcelaron a su presidente y colocaron a una mujer que gobierna con los que perdieron las elecciones y que les dispara y encarcela (Durand, 2024). Hasta que el mundo andino no sea considerado participe de la democracia de manera real y tangible y sea tomado en cuenta en las decisiones que el Estado tome, siempre habrá esta disconformidad que debería repercutir en una rebeldía organizada para no ser el caldo de cultivo donde se gestó la violencia. El costo de gobernar de espaldas a la mayoría es altísimo y lamentablemente pocas veces lo pagan los responsables. Mientras el poder de turno siga respondiendo con represión a una necesidad milenaria de ser oídos y fielmente representados, la lucha de la familia Túpac Amaru aún seguirá siendo una deuda.

El legado de la familia Túpac Amaru no solo subyace en un discurso retórico más o menos laudatorio. Su ejemplo de identidad, sacrificio y amor por este suelo y, sobre todo, por su gente; aún gravita como un mito, una utopía, una deuda y sigue siendo nuestra disputa permanente. Es la utopía que nos debe guiar hacia la empatía con nuestros semejantes y una verdad que subyace en lo profundo de nuestra peruanidad. Porque, aunque nos callen, nos golpeen en las calles, nos señalen como terroristas y hayan asesinado a más de sesenta de nuestros hermanos, nos querrán romper, pero no podrán rompernos, nos querrán matar, pero no podrán matarnos. Gritando libertad, vamos a volver (Romualdo, 1958). Y seremos millones.

Referencias:

- Ayala, José Luis (2018). Este cautiverio y agonía sin fin. Lima: San Marcos.
- Degregori, Carlos Iván (2013). Del mito del Inkarrí al mito del progreso. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, Carlos Iván (2014). ¿Cómo despertar a la bella durmiente? Por una antropología en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Durand, Anahí (2023). Estallido en los andes. Movilización popular y crisis política en el Perú. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Flores Galindo, Alberto (1986). Buscando un Inca, identidad y utopía en los andes. La Habana: Casa de las Américas.
- Guardia, Sara Beatriz (2015). Micaela Bastidas y la insurgencia de Túpac Amaru. Lima: Revista CEMHAL.
- Hall, Máximo (1961). Síntesis del proceso revolucionario en Hispanoamérica hasta 1800. En Historia de la nación argentina. Buenos Aires: El Ateneo.
- Pajuelo, Ramón (2024). La rebelión de la realidad. Crisis, descomposición política y estallido en el Perú (2016-2024). Lima: La Siniestra.
- Pease Franklin (1985). Los mitos en la región andina. Quito: Instituto Andino de artes populares del convenio "Andrés Bello".
- Romualdo, Alejandro (1958). Edición Extraordinaria. Lima: Cuadernos Trimestrales de Poesía.
- Walker, Charles (2015). La rebelión de Túpac Amaru. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Walker Charles (2024). Tu ausencia ha sido causante de todo esto. Lima: Penguin Random House.